



15 Noviembre 1914

Año IV.—Núm. 86

### SUMARIO

Los cazadores furtivos, por *Baldomero de Goicoechea*.—Fuera caretas, por *Mateo Rubio*.—Los cazadores de provincias: Don Manuel Muñoz Medina.—Consumeros y cazadores, por *El Hombre de las Cavernas*.—El peregrino en Indias: El primer encuentro, por *Cero Boyo*.—Sonetos cinegéticos.—Guardería ilegal, por *Antonio M.<sup>a</sup> Barbería*.—Servicios de la Guardia civil.—Impermeabilización de los capotes.—Biblioteca de caza y pesca.

(No se devuelven los originales.)

## Los cazadores furtivos

Bajo este epígrafe aparece en el núm. 83 de esta revista ilustrada, la noticia de que la Guardia civil del puesto de Trigueros, en combinación con la de Gibralfuente (Huelva), sorprendió á una partida de cazadores furtivos, quienes hicieron varios disparos á la Benemérita, que se vió obligada á contestar, matando á uno y deteniendo á 26, á quienes aprehendieron 29 escopetas y 41 conejos.

Esta noticia encierra, como se ve, suma importancia y extremada gravedad. ¡Una partida de cazadores furtivos que se atreve resueltamente hasta con la Guardia civil, á quien hace frente y dispara!...

Sentado este acontecimiento, nos arredra á los que venimos creyendo que para cierta clase de gente, y en el mismo caso puede bastarnos una pareja de guardas jurados, pues les falta la autoridad que tiene la Benemérita para hacerse respetar del mismo modo, siquiera vayan también igualmente armados y con la autorización

de dar muerte ante agresiones de la misma índole.

Pero demasiado saben éstos como nosotros el disgusto y las consecuencias funestas que acarrearía si procedieran en numerosos casos como puede proceder la Guardia civil. ¡Dios nos libre!

La noticia tiene, sin embargo, una atenuante, de ser cierto lo siguiente de la misma:

«Supónese que los cazadores son obreros despedidos de las minas del distrito de Valverde, que se dedicaban á cazar *impelidos por el hambre*.» ¡Terrible expresión que imperiosamente arrastra á los hombres á cometer tristes desmanes!

Ante fuerza tan obligada como el hambre, atenuemos nuestra calificación, y mucho más si se compara con lo que voy á relataros, estimados compañeros, dignos émulos de San Eustaquio.

En una hermosa capital de la región castellana, cuyo nombre he de consignar cuando preciso fuere, aunque os cause asombro que pueda obligaros á poner en duda lo que yo escriba, por razones que deben estar en la memoria de todos (jos



parece poco la existencia de dos Asociaciones que se dicen dedicadas á procurar por el respeto y cumplimiento de la ley de Caza y su Reglamento, *item* donde como capital de provincia hay Gobierno civil, un magnífico cuartel de la Guardia civil, más numerosos puestos de la misma en sus alrededores?); en esa capital á que me refiero, sí, señores, ocurre lo siguiente:

Tiempos antes de que aquí se formara la primera Asociación de cazadores con los fines expuestos (al decir), y por lo tanto, ya ésta existente debió evitarlo, existía y continúa existiendo una agrupación de veintitantos á treinta individuos de distintos oficios ó empleos: albañiles, carpinteros, dependientes de comercio, empleados, etc., etc.

Esta agrupación tiene su presidente, secretario, tesorero y vocales, y una denominación que no hace al caso, y de cuya organización tampoco es mi objeto decir una palabra, siquiera sea desde luego perfectamente ilegal.

Acostumbran, cuando les es preciso, á celebrar sus reuniones ó juntas en un establecimiento de comercio, y en él acuerdan sus constantes excursiones por el campo (no me determino á decir cinegéticas).

Ya en él, puede deducirse el objeto que se proponen y el resultado que puede dar una partida (así se titula ella) que en mano abierta, con sus morraleros, perros de muestra y aun con galgos, abarca una extensión de 250 á 300 metros.

No es posible, señores cazadores, que de este modo pueda haber nunca caza en muchas leguas alrededor de esa capital, cuyo nombre por pudor omito.

Esto, absurdo hasta el asombro y tolerado como se ve allí, donde tantos prodigios *creían ustedes que tenían lugar*, lleva consigo bastante más que una marcada infracción de la ley de Caza en su art. 20 párrafo 3.º

En los días 11, 18 y 25 del pasado Octubre (fuí testigo), dicha partida cazaba en una extensa finca, perfectamente deslindada, bajo la propiedad de un solo dueño; visiblemente cerrada por seto vivo, espinos, hitos, mojones y aun tablillas, y es de

suponer la caza que aquellos individuos podrían dejar. No sólo cazaban mano arriba y mano abajo, sino que lo hacían también *en ojeo*.

Fueron expulsados por el guarda de la finca estando éste solo, y le desobedecieron. Después; por otro guarda de la Asociación que represento, también yendo solo, á quien del mismo modo desobedecieron é insultaron gravemente; ¡y vayan ustedes á los Tribunales *con la copla!*

Abreviando esta historia, que se presta á muchas cuartillas. No sólo los de la partida pertenecen á una Asociación de cazadores autorizada, sino que varios de sus individuos forman parte de su Junta directiva. Vayan ustedes, pues, atando cabos para cuando se haga la federación.

Nota bene. El día 18 mencionado, en el momento preciso en que dicha partida, dentro de la finca aludida, en mano y en ojeo cometían una descarada infracción de la ley de Caza y se insubordinaban contra dos guardas jurados, dentro de la misma finca atropellada, fué denunciado ante el Juzgado correspondiente un infeliz joven, no cazador, que á ellos se había unido con escopeta, pero sin la correspondiente licencia.

Califiquen ustedes á su gusto esta nota, más lo expuesto, y díganme ustedes si no es digna de atenuación la conducta comparada de la partida de cazadores furtivos de la provincia de Huelva.

BALDOMERO DE GOICOECHEA

6 de Noviembre de 1914.





## FUERA CARETAS

No pensaba mezclarme en ningún asunto relacionado con la marcha de la Asociación de Cazadores y Agricultores de Castilla la Vieja.

Falto á mi pensamiento porque la hipocresía y la informalidad me obligan á ello. No ignorarán mis queridos compañeros de *sport* cinegético que pertenezco á esta Asociación desde su fundación, y que por esto siento gran cariño por ella; pertenezcí durante tres años á la Junta directiva como Vicesecretario de la misma.

En Abril del año actual, y en Junta general, fuí nombrado Presidente, aunque no por mis merecimientos, de esta gran Asociación, quizás la más completa de España; pero por no querer seguir los derroteros de algunos elementos infractores de la ley de Caza creí conveniente no aceptar la presidencia, por lo que se convocó una nueva Junta general extraordinaria que elegiría nuevamente la Directiva que seguiría rigiendo los destinos de la titulada Asociación de Cazadores y Agricultores de Castilla la Vieja.

Fué nombrada una Comisión proponente, encargada de normalizar el estado de la Asociación, donde reinaba la anarquía; me comprometí á ser presidente de la tal Comisión, para bien de todos los asociados y encauzarla por el camino más floreciente de su vida social, en 26 de Julio, y en Junta general extraordinaria, y después de proponer la publicación de un periódico, órgano oficial de esta Asociación, que con el título *Caza y Agricultura* se publicaría el 1.º de Agosto, y proponer la adhesión á la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, para llegar á la federación de todas las Asociaciones cinegéticas de España; y cuando las dos citadas proposiciones fueron aprobadas por unanimidad por los asistentes al acto, creyendo haber cumplido mi palabra de caballero, rogué á todos los compañeros que desapareciera la Comisión proponente por entender había terminado

su misión, á lo que accedieron los compañeros asociados.

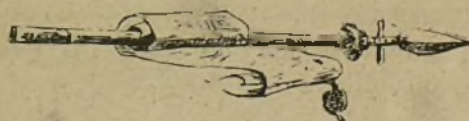
Cuando creía que todo estaba como una balsa y que continuarían por el camino marcado, para defender los derechos de todos los cazadores de buena fe que existen en la región de Castilla la Vieja, veo y observo que esta gran Asociación va de mal en peor, que en la Junta directiva de la misma se hacen mangas y sus caprichos por cuatro señores que lo mangonean todo, sin que el resto de los que la componen tengan antecedentes ni noticia de la mayoría de los asuntos que atañen á la Asociación y que ellos tienen que hacerse solidarios colectivamente.

Los acuerdos de las Juntas generales y directivas no se llegan á cumplir, como igualmente sus estatutos; el guarda que cumple con su cometido denunciando á los infractores de la ley de Caza (sean éstos delincuentes), lo mismo potentados que los más humildes ciudadanos, son inmediatamente destituidos de sus cargos de guardas jurados.

En cambio, el que presta su concurso á sus amigos y compinches que infringen descaradamente la ley, son propuestos para recompensas; yo, como asociado que soy, que pago religiosamente mi cuota de socio y que tengo gran cariño, como digo anteriormente, á esta Asociación, como cazador de buena fe según lo tengo demostrado en diferentes ocasiones, no puedo tolerar tanto abuso como se comete; por esto hago estas manifestaciones públicamente, por mediación de esta incomparable revista ilustrada, para que todos los cazadores de España sepan quiénes son los *tiradores de escopetas*, los *egotistas infractores de la ley de Caza*, y como igualmente los que se sacrifican por fomentar nuestro precioso *sport* y por el bien general de los buenos cazadores.

MATEO RUBIO.

Valladolid 1.º de Noviembre de 1914.





# Caza y Pesca

LOS CAZADORES DE PROVINCIAS

## Don Manuel Muñoz Medina

Hace mucho tiempo que teníamos solicitado del Sr. Muñoz Medina su retrato y datos biográficos para insertarlos en CAZA Y PESCA; pero la excesiva modestia de tan notable y entusiasta aficionado nos privó de tan señalado favor.

Hoy hemos podido inquirir algunas notas de su vida de cazador y de militar, y se las ofrecemos á nuestros lectores.

Es el señor Muñoz Medina una de esas personas tan cariñosas, afables y comunicativas que por donde quiera que van se conquistan las simpatías de todos.

Los cazadores de Sevilla le nombraron su delegado en el Primer Congreso Nacional de Cazadores, al que asistió, y desarrolló una labor tan importante y beneficiosa que mereció entusiastas aplausos, y se acordó por unanimidad en la sesión de clausura que remitiese su retrato, para que per-

durase su recuerdo haciéndolo figurar perpetuamente en el salón de actos de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España.

Sufría cuando concurrió al referido Congreso, la enormísima pena de haber perdido un hijo, joven y entusiasta capitán, don Manuel Muñoz y Olivé, compañero inseparable de su padre en las excursiones cinegéticas que éste realizaba, muerto gloriosamente en los combates del río Kert, por cuyo heroico comportamiento se le concedió la cruz laureada de San Fernando.

El Sr. Muñoz Medina recibió la noticia encontrándose de cacería á diez leguas de Sevilla, de donde se trasladó á Melilla.

Como militar, nuestro biografiado sirvió á la Patria cuarenta y cuatro años, asistió á diversos combates, fué

herido cuatro veces y posee 22 condecoraciones.

Siguió la carrera de perito agrónomo y se licenció en Medicina el 1879.

Como cazador es una de las mejores escopetas de Sevilla, posee una fortaleza envidiable; y con su decidida afición ha con-





seguido reorganizar la Asociación de Cazadores de aquella capital, y sus compañeros tuvieron el acierto de designarle su Presidente.

Carecemos de datos para poder consignar las innumerables anécdotas de caza y



sus notables cacerías, donde siempre ha rivalizado con los más notables cazadores.

Como justo homenaje al héroe y al buen cazador, que por su juventud y entusiasmos llegó á superar á su padre, publicamos también el retrato del Sr. Muñoz y Olivé.

Con estas breves notas rendimos un tributo de admiración al Presidente de la Asociación de Cazadores de Sevilla, y elevamos un sentido recuerdo para el bravo capitán que murió heroicamente en el campo de batalla.



## Consumeros y cazadores

Excmo. Sr. Ministro de Hacienda:

El que suscribe, mayor de edad, por fortuna; vecino de Madrid, por desgracia; domiciliado en las entrañas de la Tierra; con cédula del año corriente y moliente; cazador de oficio, á ver si echa coche, y con

licencia del ordinario: á V. E., respetuosamente, expone:

Que desde la feliz promulgación en la *Gaceta* de la ley de 12 de Junio de 1911, en que nuestro compañero Rodríguez suprimió los Consumos, los cazadores madrileños veníamos entrando la caza menor en la Villa y Corte sin que nadie nos dijese oste ni moste, y sin pagar un perro chico ni al Municipio ni á la Hacienda. Así lo hemos verificado en la presente temporada cinegética, y cada uno de los discípulos de San Huberto ha metido en la capital, durante Agosto y Setiembre, centenares de piezas, sin que los empleados de la Inspección de carnes del Municipio le exigiesen ni un céntimo.

Pero todo, ¡ay! tiene su término. Con gran sorpresa nuestra estos mismos empleados, tan simpáticos y corteses, vuélvense ahora ariscos consumidores, registrando morrales y maletas y poniendo sus manos pecadoras en el mismo automóvil de Romanones, y bajo amenaza de decomiso de la vil conejería, se nos llevan las perras, editando por su cuenta una original y flamante contribución de Consumos, digna de todo sumiso inquilino.

Francamente, nos choca este cambio de conducta; porque si la ley Rodríguez, autoriza, en su art. 6.º, al Municipio á establecer arbitrios sobre carnes frescas y saladas, lo hace con su cuenta y razón, regulando y acotando este arbitrio dentro del contenido del art. 7.º del Reglamento, en cuya parte cuarta dice:

«Conforme al art. 15 de la ley de 12 de Junio de 1911, los Ayuntamientos no podrán gravar, en ningún caso ni en forma alguna, las especies comprendidas en las tarifas del impuesto de Consumos aprobados por la ley del 7 de Julio de 1888, y que se detallan en la relación adjunta: «Ánades, gansos, patos, palomas, perdices, tórtolas, codornices, tordos y demás aves caseras y silvestres, y entre los mamíferos, el conejo y la liebre.»

Esta, pues, es la caza menor que exime de pago el Reglamento de Rodríguez, y que los consumidores nos hacen la merced de cobrarnos, faltando al art. 107, que reza



como trascribo. «El arbitrio municipal sobre las carnes no podrá recaer en ningún caso sobre especies cuyo gravamen no esté expresamente autorizado por la ley. Solamente se entenderá autorizado legalmente el gravamen de las especies siguientes: carnes y grasas de reses vacunas, lanarres, cabríos y de cerda y la «caza mayor».

Pues bien, Sr. Ministro: el Ayuntamiento nos ha puesto en los fielatos unos empleados tan cortos de vista, que no distinguen la caza menor de la caza mayor, y nos hacen pagar los conejos y perdices como si fueran ciervos, jabalíes, lobos, gamos, osos, corzos, zorras, rebecos ó cabras de Gredos.

Como la ley veda al Ayuntamiento de gravar la caza menor, se ha discurrido por los sabios del Cabildo un tousco subterfugio, con el fin de burlarse de los que la toman en serio, cuya treta estriba en cobrar esta caza como si estuviera sometida al arbitrio de pesas y medidas, y al efecto, en las estaciones, los consumidores de antes os pasan un recibito amarillo, donde se declara el artificio, y si no queréis pagar llaman á la pareja, atemorizando al viajero, lo mismo al apearse del tren que al pasar por los fielatos del término ó zona municipal prohibidos por el art. 112 del Reglamento de Rodríguez.

Como V. E. sabe, Sr. Ministro, la ley Municipal sólo autoriza al Ayuntamiento, en su art. 137, á establecer el arbitrio de «alquilar pesas y medidas» de almotazonía ó repeso, y la Real orden de 24 de Setiembre de 1892 manda que, para que el arbitrio de pesas y medidas pueda ser exigido, es preciso que la venta se halle perfeccionada.

¿Le parece á V. E., Sr. Ministro, que sin quitarnos las polainas nos vamos á poner á vender conejos en el pasillo de la estación? Y si nosotros no alquilamos las pesas del almotacén, ¿por qué nos cobra el consumidor? Y si no se pesa, ¿por qué se paga? Digan lo que quieran los clásicos del Concejo, autores de esta reciente invención, el nuevo impuesto carece de sentido, pugna con todo lo legislado, y al recaudarlo, se falta no sólo á la ley de 1911, sino al Real

decreto de Silvela de 7 de Junio de 1891, que prescribe que el arbitrio de pesas y medidas sólo obliga en las ventas y transferencias, cuando libremente la estipulan comprador y vendedor, y aun pueden prescindir de tales pesadas si se atienen á la Real orden de Villaverde de 24 de Setiembre de 1892.

Yo supongo, Sr. Ministro, que usía se asombrará de la audacia de algunos Concejos. Créense éstos, sin vacilar, soberanamente autónomos, con poder legislativo y ejecutivo independiente del Estado, una especie de cantones ó Estados chiquititos, donde cabe prescindir de las leyes de la nación. No se trata, Excmo. Sr., de conejo más ó menos, de pagar por pesas ó por piezas; no se trata del huevo, sino del fero, y el hecho es que aquí se dan leyes para que los Ayuntamientos se rían de ellas.

Suponen algunos que tal peaje de gaza-pos salió de la mollera de la Junta municipal; pero aunque alguna vez dormite Homero, no creo en la soñera de Sanz Escartín, el cual sabe que el art. 121 del Reglamento de supresión de Consumos dispone: «Que los Gobernadores no aprobarán los presupuestos municipales en que se incluya alguno de los arbitrios objeto del Reglamento, sin que conste el cumplimiento de los requisitos prevenidos para su autorización en los artículos anteriores.»

Yo me explico que al monterilla de Villadeloso se le ocurra perdonar al que cue-la en el fielato una docena de liebres, y no perdone ni «pa Dios» al que pasa trece chochas, porque todavía tenemos alcaldes que se creen señores de horca y cuchillo, á los cuales se les da un ardite de la igualdad de los conejos ante la ley; pero, ¿no nos podremos reir un poquito de su pueril lástima al proletariado cinegético?

Podrá cobrarse lo indebido; pero, señores, un poco de formalidad. Cubramos las formas. Durante el presente Octubre se estilaba en los fielatos darle á uno un recibo bajo el título de pesas y medidas, en el cual se consignaba el número de piezas, el tanto de cuota de cada una y la firma



indescifrable del interventor, ó un simple garabato, y ahora, en los últimos aforos de caza menor hechos á cazadores con escopeta y perro, ante el fielato de la estación de Goya, según consta y puedo probar, se nos ha recaudado á bulto, sin precisar, sin contar ni pesar las piezas, con arreglo á unos bonos sin firma, en cuyos papelitos el Ayuntamiento de Madrid nos cobra la caza como carnes frescas, saladas y embutidos á real el kilo, y todo ello á ojo de buen cubero, sin rúbrica ni fecha, con sello patente de nulidad, consignando kilos sin echar la pieza en la balanza, cuya práctica, si se consolidase, expondría á que un consumero de malas entrañas cargase al conejo la cuarta parte de su valor y una mitad de su precio á la liebre.

Á tales extremos no llegó la suprimida contribución de Consumos, y cabe nutrir el presupuesto municipal depauperado, sin apelar á tan serviles imitaciones.

En virtud de las razones expuestas, y visto el art. 118, donde se declara que corresponde al Ministro de Hacienda conocer y resolver todas las reclamaciones que se produzcan en lo que atañe á los arbitrios autorizados por la ley de 12 de Junio, como sustitutivos del impuesto de Consumos:

Suplica se sirva declarar que la caza menor no está afecta al adeudo de Consumos, ni al supuesto arbitrio de pesas y medidas, con el cual se enmascara y disimula la gabela más odiada; y que el Ayuntamiento de Madrid no puede cobrarla sin infringir las disposiciones legales vigentes, debiendo usía, Sr. Ministro, comunicar la Real orden que á esta instancia recaiga á la Alcaldía de esta Villa y Corte.

Dios guarde á usía varios siglos.

EL HOMBRE DE LAS CAVERNAS.

(De *El Liberal*.)

**E**scopetas de las mejores marcas, á precios reducidos. Utensilios de caza, cronómetros, aparatos fotográficos y mil distintos objetos á precios increíbles. Verdaderas gangas.

AL TODO DE OCASIÓN—Fuencarral, 45.

## EL PEREGRINO EN INDIAS

### EL PRIMER ENCUENTRO

Como á los ocho días de navegación llegamos al sitio donde á la derecha mano se junta al San Miguel un pequeño afluente, el río Negro, así llamado por el sucio color de sus aguas, provenientes de una gran laguna de Guarayos, cerca de Ascensión. Este río Negro tiene un curso de cerca de un grado.

Á partir de esta confluencia, las márgenes son menos tupidas; únicamente una cortina de tacuaras, nenúfares y arbolillos acuáticos, y detrás infinidad de pantanos, que desaguan más arriba, en la gran laguna del Carmen ó Itunama. Á la mano derecha se adivinan las pampas mojeñas del Carmen, cruzadas por el río San Francisco, y por las que pasaba el camino de este pueblo á Loreto.

Estos parajes son más molestos aún que los anteriores, por la dificultad de encontrar una pascana seca donde vivaquear, así como por la frecuencia con que son visitados por los indios sirionós, quienes acuden á hacer provisión del mucho y excelente pescado de los rebalses.

Aunque en el curso de la navegación encontramos varios puentes de bejucos, de que se sirven estos salvajes para pasar los ríos, quiso la suerte que no cayéramos en ninguna emboscada, antes bien hizo que los sorprendiéramos en ocasión que, descuidados é inermes, ni podían ofendernos ni defenderse.

Y fué de la siguiente manera. El San Miguel, como todos los ríos del Oriente, es sumamente tortuoso, hasta el punto que en el espacio de una legua se navega por rumbos los más opuestos. Al doblar uno de estos tornos ó codos del río fué cuando sorprendimos á cuatro hombres desnudos, que los guarayos conocieron en seguida, apellidándolos *choris*, *choris* (sirionós en su lengua). Estaban ocupados en pasar el río á favor de un cable de bejucos. Este cable ó puente se reduce á dos ó tres be-



jucos largos y resistentes, atados á modo de maromas de un árbol á otro de la orilla. Como la corriente es tan rápida, pocos son los nadadores que se atreven á pasarlo; así que los salvajes, que no tienen canoas para pasar el río, hácenlo agarrándose con una mano al cable colgante, mientras que con la otra se ayudan batiendo el agua.

Cuando les sorprendimos, dos de ellos habían pasado ya y esperaban á sus compañeros, que estaban en mitad del río. Verlos los guarayos y dar gritos de *Choris, choris, churquen!* (rema fuerte), fué todo uno, haciendo volar la embarcación para alcanzarlos. La maniobra no fué tan pronta que no diera tiempo á los bárbaros para reponerse de su sorpresa é ir ganando la orilla, cerca de la que ya estaban cuando les vimos.

Los dos que estaban en seco habían desaparecido en el monte, y antes de que los nadadores hicieran lo mismo saltaron á tierra los guarayos para cortarles la retirada, siguiéndoles el otro suizo licorista y yo con sendos winchester. El barbarote del suizo alemán soltó un tiro desde el camarote, que por fortuna no hizo blanco en los fugitivos.

De los dos, los guarayos cogieron uno; el otro ganó á tiempo la orilla. Trabajo nos costó al suizo y á mí que los guarayos no le hicieran trizas con sus machetes. El cautivo iba completamente desnudo, pero llevaba en la mano su formidable arco, que nunca abandonan los indios, no tanto por el trabajo que les cuesta labrarlos, cuanto porque les sirve de maza de armas.

Por medio de un guarayo interrogué al sirionó, admirándome de su serenidad y arrogancia. Rudo y fuerte como Alcides, de pie y apoyado en su arco, contestó á mis preguntas con la altivez de Poro ó Alejandro Magno. Dijo llamarse *Tobachi* (barro blanco), que él y sus hermanos llevaban dos soles de jornada, y que si yo, como *zubiché* (superior) de los guarayos, quería hacerle su cautivo, le diera muerte antes que condenarle al vilipendio de aquellos perros.

Los guarayos, que tal se oyeron llamar, se disponían á echarle mano; pero en esto llegó el patrón suizo y mandó á la gente que se volviera al batelón, indicando al indio que quedaba en libertad, con la mímica de que se valdría Robinsón para inspirar confianza á Viernes. Yo fuí más generoso, porque le convidé á un trago de ron del frasco de camino. Cedió entonces de su arrogancia salvaje, y con palabras de gratitud, llamándonos *cherús* (amigos), nos tomó las manos para besarlas. Luego, quitándose un collar hecho con dientes de mono y puerco del monte, me hizo obsequio de él.

Y acabó la aventura reembarcándonos y dejando al indio sirionó admirado de una conducta que no esperaba. En cuanto á los guarayos, les indemnizamos de su frustrada venganza repartiéndoles una botella de alcohol amílico.

Ya dije en líneas anteriores que este río San Miguel era el camino fluvial á Mojos, lo que da á suponer que fué conocido y frecuentado por los misioneros jesuítas. El mismo D'Orbigny, en 1831, siguió esta ruta para llegar al Itenes; y antes que él, el general realista Aguilera, para traer dinero de Mojos, lo que demuestra que el San Miguel fué un río muy frecuentado. Lo cierto es que con el tiempo se olvidó su navegación, hasta que el Gobierno de Bolivia votó un premio de 3.000 bolivianos para quien lo explorase nuevamente y abriera paso á las embarcaciones entre Guarayos y Magdalena de Mojos. Tal empresa la acometió en 1893 Rodolfo Buckle, el suizo patrón del *Patria*, en que ahora vamos, quien sin más que hacer un sencillo plano del curso del río, cobró el premio de manos del prefecto del Beni.

Al año siguiente, otra expedición de guarayos, conducida por el P. Jenaro Scherer, bravo tirolés que conocí de misionero en Ascensión, abrió un canal de unas 900 varas para unir el San Miguel con el Itunama, evitando el rodeo de la laguna. Este canal, llamado *Scherer*, se encuentra á la mano derecha del río, poco antes de llegar á la laguna, y es el que ahora enfilamos.



Esto de «enfilarse» es metáfora, porque era tan poco el caudal de agua, que hubo necesidad de descargar á medias el bate-lón, empujándolo los guarayos hasta llegar á una pascana seca, que bautizamos con el nombre de «Hotel Caimán», por haber baleado allí un caimanazo medio oculto en los carrizales. Á pesar de estar muerto y bien muerto, daba miedo acercarse á él; pero los guarayos le cortaron la cola, que es comestible, no obstante su pronunciado olor á almizcle.

Como pasamos temprano el canalillo, descansamos todo el día en el «Hotel Caimán», dejando para otra jornada el paso de la *colcha*, que ya veremos en qué consiste.

Aprovechando el día, los guarayos se fueron á cazar con sus flechas y los tres europeos á probar fortuna, por turno, con las escopetas. Muy pronto los ecos de aquellos andurriales se alegraron con el de los disparos y el de las alegres voces de los cazadores, vueltos de regreso con abundante provisión de pavas, puercos monteses y uno que otro marimono ó maneché.

El puerco montés (*sus-tajussa*) se llama ordinariamente pécarí, y se distinguen cuatro clases de él: el *cuche blanco*, parecido al jabalí; el *quijada blanca*, también de gran tamaño; el *taitetú*, que es el más pequeño, y el *cajita* (así llamado por el ruido que hace, parecido al batir de un tambor), de color *choco*, casi del tamaño del taitetú, pero más bravo. Lo es tanto, que al tropezar con una tropa de *cajitas* hay que subirse á un árbol grande, porque si no, los animales lo descujan para hacer presa en el asilado.

Se les caza fácilmente tiroteándoles desde las ramas, con la singularidad que las primeras víctimas son despedazadas por sus congéneres, quienes no abandonan el sitio, por estragos que en ellos se haga, hasta que se cansan de husmear al cazador y éste se cansa de matar. La carne del cajita es comestible, pero no es tan agradable como las de las otras variedades, sin duda por lo irritados que mueren, lo que da á la carne un saborcillo almiz-

clado que los cruceños llaman «quíabó». Los demás puercos son de carne blanca y apetitosa.

Maneches y marimonos son unos simios trepadores, muy grandes, muy peludos y de cola prehensil.

El maneché ó mono aullador (*Micetes seniculus*) es curioso por la papera ó coto que cubre la cavidad del hioides, aparato con el que produce un sonido semejante al del trapiche cuando muele caña. De ahí que en algunas partes le llamen también *trapichero*. El otro nombre de «aulladores» lo tienen bien merecido, porque á la salida y puesta del sol el ruido de la tropa ensordece la selva y apaga todo rumor. Cuando el maneché se siente herido queda colgado de la rama hasta que cae con el frío de la muerte. Si fué herido de flecha, se la arranca con furia y esto precipita su fin.

El marimono (*Atteles panissus*) es de las especies mayores del trópico.

Maneches y marimonos son comestibles, pero hay que vencer la aprensión que causa verlos pelados y desparrados en el asador, con las facciones contraídas por repugnantes muecas. Un rato que me acerqué á los guarayos y les vi junto á la lumbré achicharrando un mono, soñé encontrarme entre caníbales y me aparté con náuseas. Pero los remilgos desaparecen cuando hay hambre; así que voy haciéndome á todo; y en este día hice los honores á una comida cuya lista guardo como curioso documento gastronómico:

*Sopa de tortuga.*  
*Solomillo de pécarí.*  
*Estofado de maneché.*  
*Pava con palmito.*

#### POSTRES

*Higos de ambaibo.*  
*Pacay*, pulpa de la acacia, «mimosa inga».

La cola de caimán, que se come después de carbonizada y bien raspada de escamas y piel, no quise probarla, si bien figuraba en la lista de este ágape.

Todo esto, regado con un par de botellas de Burdeos y sendas tazas del aromá-



tico café de Guarayos, hizo olvidar á nuestros estómagos la cuaresmilla del viaje.

Aunque así no hubiera sido, aunque la comida no hubiera sido succulenta, no por esto hubiéramos dejado de alamparla, porque, como decía uno de los suizos, «no se come mejor en el hotel de enfrente».

Después de saborear la carne de pava y el palmito, advierto que el lector no sabrá qué cosas sean éstas.

Hay varias clases de pavas de monte (*Penelope*): el *mamaco*, el *hoco*, el *mutín* ó *yacú*. Este último es el más sabroso: una especie intermedia entre pavo y faisán, de menor tamaño que éste, pero de la misma forma, sólo que su plumaje es negro aterciopelado, tiene sobre la base del pico una carúncula carnosa anaranjada y ostenta un moño negro elegantemente rizado.

CIRO BAYO

**LA SOCIEDAD DE CAZA Y PESCA DE GIJÓN (Asturias)** desea adquirir, para repoblar, unos 50 ó 60 pares de perdices; dirigirse con precios y condiciones á la misma. Domínguez, Instituto, 26.

## Sonetos cinegéticos

El notabilísimo escritor M. Arthur Renault (*Rusticus*), redactor de nuestro estimado colega *Diana*, ha reunido en un elegante folleto escrito en francés varios sonetos cinegéticos, que por la novedad del asunto y la corrección con que están escritos, merecen todo género de elogios.

Agradecemos al cultísimo poeta la atención que nos ha dispensado remitiéndonos un ejemplar de sus *Sonnets cynégétiques*.



## GUARDERÍA ILEGAL

Sr. Director de CAZA Y PESCA.

Amigo Miguel: En primer lugar, le felicito por la mejoría de su señor padre, mi antiguo amigo D. Juan, que, por lo que veo, la enfermedad ha sido cosa grave; al mismo tiempo que le deseo se ponga pronto en disposición de perseguir de nuevo á la caza.

Le agradezco mucho haya cambiado de método al replicar á mis escritos, los cuales podrán tratar bárbaramente á la Literatura, pero siempre guardan la consideración debida á aquellas personas que con él contienden.

Agradezco igualmente al Sr. Goicoechea, que ha terciado en nuestra discusión, la forma correcta con que contesta á mis dos artículos anteriores. No tenía el honor de conocer á dicho señor, más que por sus bien escritos artículos en CAZA Y PESCA, y que en su último se revela una vez más como hombre que sabe tratar los asuntos serios con la *seriedad* que merecen.

Creo que por ambas partes se han sacado á relucir bastantes textos legales para que con su estudio se pueda sacar de parte de quién está la razón; así es que no voy á referirme á otros nuevos, ni rebatir los de mis contrincantes. Los que ahora emplearé son de otra índole y que tienen bastante fuerza para demostrar que esa guardería rural improvisada no tiene fuerza legal.

Antes de exponer estos argumentos me va á permitir el Sr. Goicoechea que le diga que no ha comprendido el carácter que yo le daba al testimonio del Excelentísimo Sr. Marqués de Vadillo. Citaba yo á tan Excelentísimo Señor, no precisamente como Ministro, sino como á una persona que ha escrito una *cosa* de la cual unos dicen que quiere decir *blanco* y otros *negro*, y al preguntarle qué es lo que quiso decir, contesta el sentido que tiene la *cosa*, y no sólo hace esto, sino que dice el porqué de esto.



Ya comprenderá mi respetable Sr. Goicoechea que aquí no caben *recursos de alzada*, pues no hay más remedio que creerle á tal señor bajo su palabra honrada.

Me parece que hay personas de grandes influencias políticas que patrocinan el ejercicio de los guardas en cuestión, y á pesar de hacer varios meses que recibí mi escrito (en el cual le pedía ordenara á quien correspondiese, recoger las credenciales á aquellos guardas cuyas credenciales no reuniesen las condiciones legales, y que le citaba el nombre de uno de ellos) el Sr. Ministro de la Gobernación, éste todavía no ha dicho una palabra sobre el asunto; y digo yo: ¿Si esos señores, de tanto valimiento ante el Ministro, no le han obligado, recordándole el cumplimiento de su deber, á que resuelva según justicia, no será porque teman que la resolución que se dé sea contraria á sus deseos? ¿Y esos mismos Gobernadores cuya firma han estampado en esas credenciales, y que personas entendidas en leyes opinan que son ilegales, por qué no le dicen al Ministro (si creen haber obrado conforme á ley): Resuelva, resuelva pronto, Sr. Ministro, que no queremos estar más tiempo bajo la acusación que se nos lanza? Pero creo que, á pesar de mi excitación, no lo harán, pues algunos estarán en el caso de un señor que en mi misma cara me dijo: Usted tiene razón, pero perderá el asunto. ¡Eh! ¿Qué tal? Yo he hablado á varios amigos míos para que trabajen por la pronta resolución de lo que pido en mi escrito al Sr. Ministro de la Gobernación, pero hasta ahora nada he conseguido; últimamente se me ha ofrecido que una alta persona política se interesaría con el Ministro en cuestión para la pronta resolución pedida, pero este señor tiene en la actualidad otros asuntos de más interés; así es que con mis escasas fuerzas no podré lograr sacar de su mutismo al Sr. Sánchez Guerra, y por eso tengo que pedir el favor á personas de influencia, aunque no tenga el honor de conocerlas, como al Sr. Jefe Superior de Policía, que debido á sus grandes méritos y á los relevantes servicios que presta en todos los órdenes de su acti-

vidad, si se digna, atendiendo á mi humilde ruego, hablarle al Sr. Ministro del asunto, pues si mal no recuerdo también está usted interesado en él, podrá contar con mi agradecimiento eterno.

Si es usted tan amable, amigo Miguel, que me admita en su periódico un artículo que tengo *in mente*, cuyo asunto es parecido al que tocó hace pocos números de CAZA Y PESCA el Sr. Goicoechea, se lo mandaré.

Hasta la próxima se despide su amigo,

ANTONIO M.<sup>a</sup> BARBERÍA



## Servicios de la Guardia civil

La Benemérita de la línea de El Pardo continúa prestando excelentes servicios.

El sargento D. Esteban Ruano Triguero y los guardias Virgilio Cossío Rodríguez, Rufino Rodríguez Cabañas y Vicente Muñoz Illan, han detenido á Pedro de Lara Aguado y á Anastasio Olmo Díaz, vecinos de Alcobendas, por infracción de la ley de Caza, ocupándoles una escopeta y dando muerte á un perro.





## Impermeabilización de los capotes

He aquí una fórmula interesante y sencilla que da á conocer el notable periodista Sr. Ruiz Ferry, para la impermeabilización de los capotes que se emplean en la caza y en el alpinismo.

Trátase de un procedimiento poco costoso por medios de aplicación facilísima que no alteran lo más mínimo la naturaleza del tejido, su facultad de permitir la transpiración ni su elasticidad.

Basta empapar el paño en una solución de sal de alúmina, que formá en los tejidos una especie de jabón de alúmina, sobre el cual se desliza el agua de lluvia sin penetrar á través de la tela.

Se puede tomar, por ejemplo, la fórmula siguiente:

Acetato de plomo.....	100 gramos.
Alumbre.....	100 —
Agua.....	10 litros.

Se empapa el paño y se escurre, exprimiéndolo con la mano. Luego se deja secar normalmente.

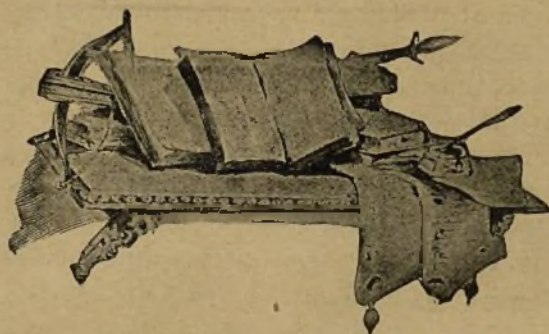
Á pesar de la presencia de una sal de plomo en esta fórmula, no hay temor alguno de toxicidad.

Otra fórmula:

Gelatina.....	250 gramos.
Jabón neutro.....	250 —
Alumbre.....	350 —
Agua.....	10 litros.

Se funde la gelatina y el jabón en agua caliente; luego se añade el alumbre, y se puede utilizar en seguida.

Esta impermeabilidad es muy satisfactoria y cuesta sólo unos céntimos por prenda de vestir. Claro está que no es de una duración indefinida; pero como puede renovarse sin ningún inconveniente y sin gasto importante, puede considerarse como cosa muy práctica.



## BIBLIOTECA DE CAZA Y PESCA

*Recuerdos de montería.*—Notabilísimo folleto de D. Diego Muñoz Cobo.

Nuestros lectores pueden hacer los pedidos á la Administración de esta Revista; precio, una peseta. Los de provincias enviarán 30 céntimos para franqueo y certificado.

★

*Notas de caza;* está próxima á agotarse la primera edición de tan notable libro, cuyo autor es el entusiasta aficionado D. Francisco Bru.

Por lo interesante, ameno é instructivo debe figurar en la biblioteca de todos nuestros lectores.

Los que deseen adquirirlo pueden dirigirse á la Administración de esta revista, que los facilita al precio de 2 pesetas; nuestros lectores de provincias enviarán 30 céntimos más para franqueo y certificado.

★

*Legislación de caza, pesca y uso de armas,* por el capitán de la Guardia Civil D. Agustín Álvarez Navarro. Tercera edición.

De venta en la Administración de esta revista. Precio, 1,50 pesetas; nuestros lectores de provincias enviarán 30 céntimos más para franqueo y certificado.



Imprenta de Jaime Batés, plaza de San Javier, 6.